

DISCURSOS DE LA PACIENCIA CRISTIANA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA DE LA NATURALEZA, CALIDADES Y CONDICIONES DE LA PACIENCIA.

PRÓLOGO.

Tres cosas dice el príncipe de los filósofos, Aristóteles, que se han de tratar para alcanzar el perfecto conocimiento de una cosa, por este orden: la primera, si hay la tal cosa en el mundo, esto es, si tiene ser entre las demás cosas que le tienen; porque de lo que no es ¿qué se puede tratar ni conocer? La segunda es, averiguar qué cosa es aquello de que se trata, qué es de su esencia y naturaleza. Y la tercera, qué tal es, esto es, qué calidades y condiciones tiene; las cuales por buen discurso se sacan, sabida su naturaleza y definición. Habiendo pues de tratar en este libro de la paciencia cristiana, y queriendo en él seguir este orden del filósofo, sabiendo que aun en las cosas naturales y al parecer menudas y de poca importancia, ninguna hizo Dios sin gran por qué, como en el libro de *Job* se dice, que ninguna se hace en la tierra sin causa, menos creéremos que en las espirituales la hará sin ella. De donde nace que lo mismo es averiguar de la paciencia si tiene ser, que tratar si es necesaria; y así, será esto lo primero que della se trate en este primero discurso. Lo segundo, en el segundo. Lo tercero, en lo restante de todo el libro primero y en los demás que se siguen.

DISCURSO PRIMERO.

De la necesidad de la paciencia.

De cuánta dignidad y de cuánta excelencia fuese el primer hombre antes del pecado, y de cuántos y cuán soberanos privilegios gozase, fácil es de conocer á quien con atención trata las divinas letras; porque, después de haberle criado Dios inmortal y hecho á su imagen y semejanza, ataviado de muchas gracias y dones, le puso para mas felicidad en el paraíso terrenal, donde las cosas necesarias á aquel estado tenia sobradas. El (como san Agustín dice) vivía en todo á su contento, en amistad de Dios y sin mengua de cosa alguna; el vivir tenia en su mano, el comer y beber presente y sin trabajo, un árbol de la vida para defensa contra la vejez,

libre de corrupcion en el cuerpo; ninguna cosa le daba molestia ni pesadumbre á sus sentidos, sin temor ni sobresalto dentro del alma, ni herida, ni dolor en el cuerpo; la carne sana y el alma sosegada. Porque, así como en aquella region no habia calor ni frio que ofendiese al cuerpo, así en el alma no habia codicia que ofendiese á la buena voluntad del dueño. Finalmente, no habia cosa que fuese ni triste ni vanamente alegre, sino un verdadero gozo que procedia del cielo, cual se puede pensar de la caridad, gracia y justicia de donde nacia. La compañía querida con amor honesto, la conformidad constante, el cuerpo lo era en la castidad y el alma en la obediencia de su Dios, sin trabajo ni fatiga. El cansancio no fatigaba al ocioso, ni el sueño molestaba al que no le queria, y todo lo demás de la vida iba á este paso. Habiendo pues el demonio envidia á vida tan dichosa y fácil, persuadió á la mujer que comiese de lo vedado, y mediante ella al marido; el cual, vencido de la impaciencia, comió (no sin gran daño suyo y nuestro) del árbol que Dios habia acotado. Perdió entonces, por la envidia del demonio, no solo el don inestimable de la inmortalidad, mas cayó en tan innumerables miserias y calamidades, que no hay lengua humana que pueda contarlas; pues después acá, no solo ha sido y es el hombre atormentado en lo exterior de varias adversidades, mas aun en lo interior siente insufribles batallas, persecuciones y trabajos, por la rebelion de los sentidos contra la razon, y de las pasiones que la contradicen, y otros muchos trabajos de cuerpo y alma; tanto, que puede el hombre ser juzgado de quien bien lo considerare, por el mas miserable animal de cuantos hay en la tierra.

Pero, aunque son muchas las pasiones que le fatigan y estorban el bien de la razon, y le apartan el camino derecho del cielo, sobre todas tiene muy aventajada fuerza la tristeza, que nace de las adversidades que cada hora suceden. Esta nace de una de dos cosas: ó del mal presente que tenemos sin querer, ó del bien que quisiéramos no perder y hemos perdido. Destas nace la tristeza, que es una pasion que hace aprehender estas

cosas, de donde nace, como contrarias suyas; la cual, por provenir de varias ocasiones y causas, tiene en la Escritura varios nombres. Llámase tristeza, fatiga, pasión, angustia, contrición, tormento, llanto, gemido, enfermedad, lloro, desabrimiento, descontento, contrariedad, tribulación, enojo, aborrecimiento, desasosiego, dolor y otros semejantes; la cual, de tal arte pone impedimento á lo bueno, que si no es con tiempo remediada ó refrenada, el alma quedaria rendida y deshonradamente vencida, y daría de ojos en muchos y muy graves pecados; como san Fulgencio dice, que de un gran dolor de un hijo muerto tuvo principio el abominable vicio de la idolatría; y esto mismo se da á entender en el libro de la *Sabiduria*, y Celio Panonio, sobre el capítulo 9.º del *Apocalipsi*, siente lo de Fulgencio. Y tambien, cuando para esto fuese impedida, podría fácilmente quedar consumida el alma de pesar, que es lo que el Sabio dice, que el alma triste seca los huesos. Y en otra parte dice que á muchos acabó la tristeza; porque, como los médicos dicen, mata al que la tiene, aunque poco á poco. Y san Pablo dice que la tristeza del siglo causa muerte; aunque la que es segun Dios, antes se ha de procurar, porque nos acarrea salud y vida para el alma. Y pues esto es así, claro está que es necesario (mayormente al hombre cristiano y que quiere andar por el camino de la virtud) proveerse de una contrayerba, que es una virtud contraria, que resista á tanto daño como esta pasión le puede causar, y esta es la paciencia, mediante la cual todo se sufre.

Todo lo dicho se colige de la doctrina del bienaventurado san Cipriano, que, hablando de la necesidad desta virtud, dice estas palabras: Cuán necesaria y cuán provechosa sea la paciencia, hermanos muy amados, para que pueda clara y cumplidamente conocerse, acordémonos de la sentencia de Dios, que en el principio del mundo y del género humano fué dada á nuestro padre Adán, cuando quebrantó la ley recebida; que entonces entenderemos cuán sufridos hemos de ser en esta miserable vida, pues nacemos de tal condicion para luchar con trabajos y apreturas. Porque oiste, dice, la voz de tu mujer, y comiste del árbol que yo te habia mandado que no comieses, maldita será la tierra en todas tus obras, con tristeza y con gemido comerás della todos los días que vivieres; ella te criará espinas y abrojos y tendrás sustento del campo; comerás pan con sudor hasta que vuelvas á la tierra, de que fuiste formado; porque tierra eres y en tierra te has de volver. Todos quedamos condenados y obligados en esta sentencia, hasta que, mediante la muerte, partamos desta vida. En tristeza y gemido nos es forzoso vivir todos los días que viviéremos, y asimismo mantenernos con nuestro sudor y trabajo. De aquí es que, cada uno de nosotros, cuando nace y es recibido en el hospedaje deste mundo, la primera cosa que hace es llorar; y aunque nace ignorante de las cosas dél, ninguna cosa conoce primero que lágrimas, con que, con la natural providencia comienza á celebrar llorando las congojas, trabajos y tempestades deste mundo, que comienza á experimentar, como dando testimonio el alma dellas, con aquellos rudos gemidos; porque con ellos confiesa que toda la vida que vivimos es sudores y trabajos.

Pues á tantos males ningun remedio ni solaz se halla sino la paciencia; la cual, como quiera que sea para todos los nacidos necesaria, mucho mas para nosotros, que, por tener al diablo por particular enemigo, somos mas combatidos; que, estando de continuo en la estacada, somos de las escaramuzas de tan diestro y fuerte enemigo fatigados; que, demás de las ordinarias peleas, en la de las persecuciones conviene dejar aun los patrimonios, padecer las cárceles, traer cadenas, ofrecer las vidas, sufrir las espadas, las bestias, los fuegos, las cruces y todo género de tormentos y penas, mediante la fe y la virtud de la paciencia, conforme á la doctrina y instruccion del Señor, cuando dice: Estas cosas os he dicho para que en mí tengais paz. En el mundo os veréis apretados; pero tened esfuerzo y confianza que yo he vencido el mundo. Pues si los que hemos negado y renunciado al demonio y al mundo padecemos trabajos y violencias y persecuciones del mundo, mas que los demás que viven en él, ¿cuánta mas paciencia y sufrimiento conviene que tengamos para adargarnos contra todas las que padeciéremos? Mandamiento es de nuestro Señor y Maestro: El que sufre, dice, hasta el fin, este será salvo. Y en otra parte: Si permaneciéredes en mí palabra, seréis de veras mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os libraré. Así que, hermanos míos, conviene sufrir con paciencia y perseverar, para que, admitidos á la esperanza de la verdad y libertad, podamos alcanzar la una y la otra; pues que esto, que es ser cristianos, es negocio de fe y esperanza; y estas, para que alcancen lo que creen y esperan, tienen necesidad de paciencia. Hasta aquí son palabras de san Cipriano.

Entre las cuales no son las menos dignas de consideracion cuando dice que los cristianos tenemos desta virtud tanta mas necesidad quanto vivimos mas ofrecidos á los trabajos, y quanto mas somos del enemigo combatidos y perseguidos, como quien nos avisa de la propia y particular insignia del cristiano, á que el *Eclesiástico* nos apercibe cuando dice: Hijo, la hora que te determinares á servir á Dios, desde ella apercibe tu ánima á padecer tentaciones y trabajos, humilla tu corazon y sufre, no te apresures en el tiempo de la tristeza y calamidad, espera el esfuerzo de Dios, para que por ese camino al cabo crezca tu vida con el aumento de la eternidad. Y dando la razon, añade: Porque, como en el fuego se prueba el oro y la plata, así en el fuego de la tribulacion y humillacion se afinan los hombres que han de ser vueltos á recibir á la amistad de su Dios; aludiendo al ángel que los echó del paraíso, despedidos de la gracia y amistad de Dios. Y esto es lo que san Pablo dice, apercibiendo á los cristianos para padecer: Ninguno, dice, se alborote con las tribulaciones y trabajos, sino piense y entienda que esa es nuestra profesion, y en eso estamos puestos á ellos y ofrecidos, como peñascos en medio del mar, combatidos y azotados de las ondas de todas partes, sin hacer mudanza ni movimiento. Estas son las injurias, empellones, malos tratamientos de los demonios y sus ministros, los hombres malos. Y si preguntares la razon por que el demonio persigue tan cruelmente los hombres, señalándose especialmente contra los cristianos y siervos de Dios, fácil es de conocer, aunque en él no hay razon, sino envidia y

malicia. Lo primero, porque la hora que tratamos de seguir y servir á Dios nos hacemos desemejantes y contrarios del demonio. El siervo de Dios se desaparece al demonio en ser verdadero, y él, mentiroso y padre de mentira; el siervo de Dios, obediente; él, desobediente á Dios; el santo, humilde; él, soberbio. Finalmente, el que sirve á Dios es bueno, y él, perverso y malo. Pues, así como en todas las cosas criadas las que tienen contrariedad de calidades son enemigas y siempre procuran destruirse unas á otras, como parece en el fuego y el agua; así este perverso, contrario y enemigo de toda bondad y virtud, toda la vida procura destruir al que la tiene. Doctrina es esta de san Gregorio, declarando aquellas palabras del Sabio, que agora deciamos: Hijo, cuando te allegares á servir á Dios, etc.; dice este santo: No dice, apareja tu ánima para quietud y regalo, sino á tentacion y trabajo; porque nuestro enemigo, mientras mas dura esta vida, quanto mas ve que le resistimos, tanto mas procura combatirnos y destruirnos; porque no gasta su tiempo en fatigar á los que sienten ser suyos por recta y pacífica posesion. Hasta aquí san Gregorio.

Lo segundo, así como cuando Saul comenzó á perseguir á David perseguia á los declarados por su parte, y les procuraba su muerte y perdicion solo porque acudian y servian á quien él, por su malicia, aborrecia; así este príncipe de tinieblas aborrece, persigue y procura matar y destruir á los que siguen á la luz, que alumbrá á todo hombre que vive en este mundo.

Y para que mejor se descubra la necesidad de la paciencia, es bien advertir que, aunque todos estamos sujetos á trabajos, y especialmente los cristianos, como queda dicho; pero ningun tiempo ni lugar está el cristiano seguro dellos. Mucho dijo el santo Job en decir que la vida del hombre no es sino una guerra sobre la tierra, porque la guerra es una de las mas graves tribulaciones della; lo cual saben bien los que andan en ella; de donde vino á decir el refran que es dulce vida la de la guerra para los bisoños, que no la han probado ó no saben della; queriendo decir que es dulce sabida por oídas, en comparacion de lo que en ella se padece; porque, con ser la hambre un mal tan trabajoso, que sacó á Jacob de Canaan y hizo comer á la otra á su propio hijo, con todo eso, á siete años de hambre igualó Dios tres meses de guerra, cuando dió á escoger á David entre los tres castigos. Pues ¿cuál debe ser la guerra, pues en el juicio y balanza de Dios, que no puede ser engañado, tres meses se igualan á siete años de hambre de castigo, que con todo rigor se habia de ejecutar? Pero mas al vivo pinta san Pablo las peleas del cristiano cuando las compara ó nombra con título de lucha, diciendo que no piense el cristiano que lucha contra carne y sangre, sino contra los demonios, príncipes y rectores desta escuridad. Donde en llamarlas lucha, dice cuán sin descanso ni tregua son nuestros trabajos y tentaciones; porque en eso se diferencia la lucha de la guerra, que en la guerra no siempre andan los hombres al pelo: á tiempos descansan, comen y duermen; sus treguas tienen para descansar, para rehacerse, para recorrer las armas y curar las heridas; pero los que luchan ningun momento cesan ni descansan, ni para eso se les da la

gar de parte del enemigo. Y en esto quiso declarar san Pablo las palabras del Señor, cuando dijo: El que determinare de seguirme, niéguese á sí mismo y tome á cuestras su cruz cada día; en las cuales, cuando dice su cruz, enseña que ninguno vive sin ella, y en el cada día, cuán pocos ratos se vive sin cruz. Como el mismo san Pablo, cuando decia que cada día moria por los cristianos, queria significar el poco sosiego que le daban las tribulaciones que padecia por ellos.

Lo segundo, se ha de advertir que de tal manera quiso Dios que viviésemos en este mundo sujetos á trabajos y adversidades, que pocas veces ó ninguna quiere quitarlos ni librarlos de todo punto dellos, por mas que se lo roguemos. Esto es llamar al Espíritu Santo consolador, y no librador de trabajos ni quitador de penas; lo cual pareció claramente en lo que el Apóstol dice de sí, que rogó á Dios con instancia le quitase un ángel de Satanás que afrentosamente le maltrataba. Ora este ángel malo fuese un gran dolor de cabeza, como unos dicen; ora de ijada, como quieren otros; ora fuesen sus émulos que le perseguian, como Himeneo y Fileto y Alejandro Erario; ora fuese que el mismo demonio le afligiese la persona, como les parece á otros santos; ora fuese, como comunmente se dice, algún estímulo ó tentacion de carne: lo cierto es que debia ser cosa muy grave y de mucha pesadumbre, y dice que tres veces rogó al Señor se la quitase; y la respuesta fué que le bastaba su gracia y favor. Así que, no siempre quiera sacarnos del trabajo, sino favorecernos para sufrirlo. Esto ha dado á entender en muchos lugares por diversas maneras de decir: unas veces dice que á sus ovejas nadie, por mas que tire, podrá sacárselas de sus manos, pero no dice que faltará quien tire. Del justo dice que si cayere no se lisiará, porque él pondrá su mano por almohada. No dice que no caerá, esto es, en tribulaciones. De la Iglesia dice que las puertas del infierno, esto es, todo el consejo y poder de los demonios, no prevalecerán contra ella; pero no dice que no pelearán. A Jeremías, dice: No temas si te acometieren; que yo soy contigo para librarte. En el mundo tendréis trabajos, dice á los discípulos, en aprieto os habeis de ver; confiad que yo vencí al mundo; como quien dice: No os tengo de quitar los trabajos y persecuciones, sino comunicaros el esfuerzo y virtud con que yo los vencí. Y á este tono hay muchos lugares en las divinas letras; aunque en diversos sujetos vienen los trabajos por diversos fines, como adelante se dirá. Y Hugo de San Víctor dice que por una de cuatro causas son los hombres atribulados. Unos para su ruina, como Faraon; otros para su enseñamiento, como David; otros para su guarda, como san Pablo; otros para su corona, como Job. Pero pongamos ejemplo en una de las adversidades, do especialmente mostró esta su voluntad, que es en la enfermedad del cuerpo, que, aunque pudiera hacer su omnipotencia y cupiera en su justicia, y era digno de su misericordia que no las hobiera en el mundo, no quiso; pero ofreció su ayuda y favor, criando juntamente médicos y medicinas, yerbas, flores, raíces, piedras, licores y otros remedios; como el Sabio dice: Honra al médico, porque para remedio de las necesidades le crió el Altísimo. Y en otra parte dice: El

Altísimo crió de la tierra la medicina; y por eso ningún hombre discreto la desechará ni tendrá en poco. Fuera desto, es grande delante de Dios el premio de los enfermeros, que con caridad y cuidado curan á los enfermos y miserables. Y el mismo Señor nos tiene avisado que el cargo que el día de la cuenta se ha de hacer á los buenos y malos, que han de ser juzgados, es si visitaron á los enfermos y encarcelados, etc. Así que, no quiere Dios que nos sacudamos del todo de las tribulaciones, ni que le pidamos favor para eso, que él sabe lo que conviene al atribulado; sino que las padezcamos y suframos, renunciando nuestro regalo y contento en su santa voluntad, esperando y confiando en su ayuda y favor, y no salgamos dellas hasta que su santa voluntad nos saque; lo cual fué figurado en el arca de Noé cuando, estando dentro ya sus siervos, cerró por defuera, significándoles que no habian de salir de allí sino por su mano y su voluntad; y así como el arca, aunque por una parte significaba el estado seguro de los justos, pero por otra era figura de sus trabajos, por la angostura y nueva manera de vivir que allí se tenía; y así, el cerrar por de fuera significaba que de los trabajos y afliciones hemos de salir por mano de Dios cuando fuere su voluntad, y á esto ha de estar ofrecido el corazón del afligido. Como también mandó el ángel al santo Josef que llevase el niño Jesus huyendo á Egipto, tierra extraña y bárbara, y que estuviere allí hasta que del cielo le fuese mandada otra cosa. Y san Lucas dice que, acabadas todas las tentaciones del desierto, se volvió el Señor á Galilea por virtud del Espíritu Santo, como había venido á él guiado del mismo Espíritu, porque por su mano habemos de entrar y salir en los trabajos; tesoro tan importante, pues él tiene la llave para entrar y salir en ellos, no obstante que, para salir de algun trabajo, no es vedado poner los medios lícitos con la preparacion dicha, cuando no se conoce voluntad de Dios en contrario; la cual entonces se conoce cuando en los tales medios se atraviesa alguna ofensa de Dios; en lo cual se aventajan los mas perfectos, cuando aunque no haya la tal ofensa, aun sufren y esperan la poderosa mano del que á su tiempo y sazón, y cuando mas es gloria suya, confían los librará de su trabajo. Así que, en el entre tanto que de una ó de otra manera el tiempo dura del padecer, necesaria es al siervo de Dios la paciencia y cristiano sufrimiento.

Por otra parte, se dicen las cosas ser necesarias cuando lo son para el fin que el hombre pretende; como se dice ser necesario el navío para pasar en Indias, y la purga ó sangría para la salud; el cual fin, como no sea otro en la vida de los hombres sino la bienaventuranza, claro se sigue ser necesaria la paciencia para alcanzarle, pues el Señor, que es el dador della, la tiene librada en la paciencia, cuando dice á sus discípulos: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas ó vidas, como lo entienden comunmente los doctores santos; porque, aun los que por nombre de paciencia entienden en aquel lugar la perseverancia, no es ajeno sentido del de los demás, pues la perseverancia en esta miserable vida (la cual no puede pasarse sin muchos trabajos) no puede alcanzarse sin la paciencia cristiana, con que todos se padezcan. Esta libranza del Señor declaró un poco mas

san Pablo cuando dijo: Mirad que tenéis necesidad de paciencia para llevar el fruto de la repromision de Dios, haciendo su voluntad. Para declaracion destas palabras y de toda esta doctrina será necesario entender que la vida eterna se ha de conquistar con obras penales y trabajosas. Lo primero, porque han de ser obras de virtud, la cual de su condicion, dice aun Aristóteles que pelea contra cosas difíciles y arduas; y por esta razon no se pone en el ánima virtud para obrar las obras que la naturaleza nos inclina, porque en esas ni hay qué vencer ni qué padecer ni pelear; como para criar los hijos, amarlos á ellos y á los padres, y á nosotros mismos con amor natural (aunque para amarlos en Dios y por Dios, que ya pone alguna dificultad, sirve la virtud altísima de la caridad); y por eso dijo Séneca: Ninguna ley nos manda amar á los padres ni tener cuidado de los hijos, que seria por demás compelernos á lo que por la naturaleza nos vamos; ninguno se ha de amonestar que se tenga amor á sí mismo, pues le trae consigo desde que nace, cosido al corazón. Hasta aquí Séneca. Así que, la virtud solo se pone en el alma para facilitarla, venciendo la dificultad de aquellas obras de que huye la flaqueza de nuestra naturaleza; para lo cual, entre tanto que se acomete y vence la tal dificultad, es la paciencia en toda obra de virtud necesaria. Y esta es la razon por que el bienaventurado san Juan Crisóstomo la llama madre ó madrina de todas las virtudes, porque sin su ayuda no puede ninguna dellas alcanzar su fin; y Tertuliano dice que sin ella no hay mandamiento guardado. Y por esa mesma razon es comparada la paciencia al pan respecto de los demás manjares que sustentan el cuerpo; porque, así como ellos por sí son buenos, pero no hacen bien el sustento del hombre sin pan, de manera que para que sustente la fruta es necesario pan y fruta, y para que la verdura, pan y verdura, y para que la carne, pan y carne, y así los demás manjares; así las virtudes, aunque de sí son buenas y sustentan el alma, pero su pan es la paciencia, que para ser templado es menester templanza y paciencia; para ser justo, justicia y paciencia; y así en las demás virtudes.

Pero, levantando mas el pensamiento de lo que Aristóteles, Séneca y otros filósofos alcanzaron, y levantando juntamente el ser desas mismas virtudes al mérito de la vida eterna, se conoce mas distinta y claramente la necesidad de la paciencia en quien está librada. Lo primero, esta celestial bienaventuranza es un don de Dios, ni conocido ni proporcionado con nuestra naturaleza, sino sobrenatural y divino; comienza aquí por la gracia, que es un don que nos hace semejantes á Dios, sacándonos y como desnaturalizándonos de la vida y condiciones que de nuestros padres heredamos; lo cual dijo el evangelista san Juan en aquellas palabras que por virtud de aquel altísimo misterio de Dios Hombre se dió á los hombres poder y licencia para ser hijos de Dios si creyesen en su santo nombre, y borrada y olvidada la generacion natural de carne y sangre, naciesen de solo Dios. Esto es, no que pueda ser que no hayamos nacido de padres carnales, trayendo la descendencia del primero, sino que, naciendo de Dios por el bautismo y gracia que en él se da, de tal arte se rematen cuentas con el nacimiento primero, que neguemos inclinacio-

nes, deseos de la carne y otras cosas que del nacimiento della se nos pegaron, que no parezca que nacimos della, sino de solo Dios. Así que, para alcanzar y merecer gloria sobrenatural, la vida ha de ser sobrenatural. A lo cual, añadiendo que la vida del espíritu y la de la carne son perpetuas enemigas y contrarias, es imposible ganar la una sin echar la otra de casa; así como quien de un establo quisiese edificar un palacio dorado es necesario primero echar del todo el estiércol, telarañas y basuras; así el que de su corazón carnal y lleno de pecados y vilezas quiere hacer templo de Dios, es necesario primero limpiarle de las inmundicias y malezas, y echar de allí todas las fieras y otros animales asquerosos y ponzoñosos y derribar las paredes, lo cual no se puede hacer sin grandes gastos y trabajos; porque primeramente se ha de desterrar de allí el amor propio, que con nosotros nace fuertemente cosido, los deseos y apetitos que deste amor mesmo tienen su nacimiento; hase de afligir y enflaquecer el cuerpo, porque no se engria contra el espíritu y le derribe de su silla, mortificarse los deleites de los sentidos, enfrenarse la lengua, reprimirse la libertad de los ojos, ponerse guarda al corazón, evitarse y huirse las ocasiones del mal, apartar las malas compañías, continuarse la oracion, en que siempre pidamos con instancia la divina gracia y favor; finalmente, se han de mortificar todas las inclinaciones y domarse esta fiera de nuestra carne.

Pues ya, si se ha hecho fuerte en el mal con la costumbre de algunos días ó años, con esta se dobla la pelea, pues es ya contra dos enemigos. Pues ¿qué trabajo será necesario para salir con vitoria de semejante pelea? Por esto decía san Pablo: Hermanos, no nos hagamos flojos y para poco, sino imitemos á los que con fe y paciencia han de heredar la gloria prometida. Por lo mesmo dicen los buenos en el salmo: Señor, pasamos por fuegos y aguas cuando nos guiabas al refrigerio y descanso. Por eso se dice el reino de los cielos que ha de ganarse á fuerza de armas; y que no tendrá corona sino el que pelear conforme á la ley. Por eso se dice á los mártires que piden venganza en el *Apocalipsi* de sus matadores, que aguarden un poco, hasta que sea cumplido el número de sus hermanos, que son los predestinados, los cuales no han de ser todos mártires; sino para dar á entender esta perpetua muerte y martirio que padecen, para ganar la gloria los que para ella están predestinados; el cual dió á entender san Pablo cuando dijo que los que son del bando de Cristo traen crucificada su carne con los vicios y concupiscencias. Y porque esta cruz de los buenos se ha de padecer á imitacion del Redentor, que padeció la suya para nuestro ejemplo y doctrina, se entienden de aquí aquellas palabras que él dijo á sus discípulos algunas veces, especialmente después de su santa resurreccion; convenia que Cristo padeciese y así entrase en su gloria, reprehendiendo á veces ásperamente á los que trataban ó pensaban estorbarle su pasión. La razon era porque, no solo padecia para hacer pagada y satisfecha la justicia del Padre por nuestros pecados, sino para guiarnos también al cielo por su ejemplo y doctrina; el cual camino, como forzosamente se haya de andar por las virtudes, como por pasos de escalera ásperos y dificultosos,

padeciendo y venciendo sus dificultades, convino que Cristo así padeciese y fuese delante, enseñando y allanando el camino de los trabajos, sin los cuales no hay virtud ni guarda de mandamientos.

Pues si así es que nuestra naturaleza quedó tan sujeta y pechera á trabajos de dentro y de fuera ocasionados, si con ser Dios tan piadoso y misericordioso no quiere todas veces, pudiendo librarnos dellos, porque conviene así para nuestro bien y para ganar la gloria, de que san Pablo dice que todos tenemos necesidad; claro queda cuánta tenemos de proveernos y apercebirnos de paciencia, para poder llevar con nuestras pocas fuerzas los que nos vinieren, mayormente siendo tan ordinarios, que apenas se van ó se alivian unos cuando vienen otros, especialmente á los que procuran andar por el camino de la virtud, de la cual se dice que aborrece á los holgazanes, por refran entre los filósofos. Y san Bernardo se rie de la esposa que buscaba al esposo en el regalo de la cama; y así, viene á decir ella que le buscó y no le halló, y después de haber trabajado en buscarle y padecido muchas contradicciones, le vino á hallar.

DISCURSO II.

De dos maneras que hay de paciencia, y cuál es la cristiana.

No todo sufrimiento de los que tienen imagen de paciencia y nombre della es necesario, porque muchos son paciencias vanas e impertinentes. San Agustín enseña dos maneras de paciencias, á imitacion de las dos de sabidurias que Santiago pone en su *Canónica*: una celestial, otra terrena, animal y diabólica: así la paciencia, que es parte de la sabiduría, admite esta division, y san Agustín la pone; porque para todas sus pretensiones tienen los hombres mundanos paciencia increíble en grandes trabajos y contrariedades. San Agustín dice allí que pongamos los ojos en los que los hombres padecen por lo que vana y viciosamente aman; los cuales, cuanto por mas dichosos se tienen en alcanzarlas, tanto mas infelices son en desearlas. ¿Cuántas son las cosas que sufren por las falsas riquezas? Cuántas por las honras vanas? Cuántas por los deleites sucios, aunque molestas y peligrosas? Vemos á los codiciosos de riquezas, por alcanzar lo que desean y conservar lo que alcanzaron, sufrir porfiadamente (no forzados con necesidad, sino por su culpada y mala voluntad) soles, lluvias, hielos, nieves, ondas, tempestades, trabajos de guerras dudosas, golpes, heridas, destierros y otros trabajos, que es bien que aquí se pongan mas particularizados, y se diga su paciencia para confusion de la poca que los cristianos tenemos en los pequeños, que pide la pretension de tan inestimables bienes como nos esperan. No puede decirse lo que un hombre pasa cuando ve los odores, alcaldes, presidentes, obispos, inquisidores y otros perlados y magistrados encumbreados en la terrena felicidad, y pretende alcanzar alguno destes oficios, plazas ó dignidades. La pobreza que en el estudio pasa, el encerrarse en la universidad, el velar y trasnochar, la pretension del colegio, el cuidado y congoja del cumplir con las obligaciones de los actos y ejercicios, y de salir dellas con opinion; los gastos en los grados, los que se hacen en la corte, las malas res-

puestas de los que proveen estas cosas, el mal tratamiento de los criados y oficiales, las malas comidas y peores camas, los gastos de las posadas, el esperar meses y años, la perpetua congoja del mejorarse, mayormente cuando sus iguales en estudios ó sus conterráneos los dejan muy atrás, esta, paciencia es y gran sufrimiento, pero mundana.

Pues ¿qué dirémos del que pretende ser rico? Qué no aventura por salir con esta pretension? Lo menos que hace es lo que en el camino del cielo mas espanta, que es dejar su tierra, padre y madre y hermanos, y despedirse dellos como para morir. Cuando hace viaje para Indias gasta su caudal en fletes, carguños y matallotajes, pónese al manifesto peligro de la navegacion de dos ó tres mil leguas de mar peligroso, encomendado á los vientos y á un triste navio, dos dedos de la muerte, que no tiene mas de grueso la tabla dél, con perpetuo mal olor y peor mantenimiento, bebiendo el agua tapadas las narices, durmiendo sin cama y en continuo sobresalto. Pues ya llegado á Indias, tierra de bárbaros, lo que se pasa y se trabaja, ellos lo digan, que lo saben, y si dicen. Pues cuando vuelven de tan largo destierro, digan lo que pasan hasta asegurar en su casa dos reales que traen. Dejo los escrúpulos de conciencia, la inquietud del alma, los ímpetus de la codicia con que viven desde la hora que al viaje se determinan hasta que le acaban. Y juntando con esto, que es cifra oirlo para lo que es el padecerlo, gran sufrimiento y paciencia es, pero mundana.

Pues el que sirve á un señor, ¿con cuánto trabajo, mal tratamiento, mala comida, sin sosiego, sin dormir, las reprehensiones y molinas ordinarias, las descortésias y quemazones y otras pesadumbres, por pretension de una corta merced ó beneficio eclesiástico? La misma cuenta corre del que para salir con un pleito sale de su casa, vendida su hacienda, desamparada su casa, mujer y hijos y sosiego, sujetándose al tratamiento que el oidor, alcalde, secretario y otros oficiales le quisieren hacer, y á la sentencia, buena ó mala, que por ignorancia ó malicia de alguno le cupiere. Y la misma del que por codicia de un poco de honra y un escudo de armas gasta su mocedad en guerras; pero al fin, como el bienaventurado san Agustin dice, semejantes paciencias y sufrimientos, no solo escapan la murmuracion y reprehension del pueblo, pero aun suelen ser aprobadas y alabadas dél y de las leyes permitidas. Pues estos vicios de ambicion y avaricia, juegos y pasatiempos, cuando no son causa de ofensa de las leyes divinas ni humanas, no suelen ser reprehendidas, antes estimadas. Pero ¿qué dirémos de un carnal? Qué congojas padece en sus torpes pretensiones, qué peligros, qué deshonoras, que remordimientos de conciencias, qué malos dias, qué peores noches, que sobresaltos, qué gastos y perdiciones de su casa? Paciencia es menester; pero esta, que es para pecar, no es solo mundana, sino diabólica y infernal; como lo es tambien la que tiene el vengativo y el miserable del hereje, que por su sola porfia, ayudado ó engañado del demonio, se deja quemar y atezar vivo. ¿Qué puede llegar á esta paciencia ó pertinacia? ¿Cuánta más es la que tiene el que, persuadido del demonio, tiene sufrimiento

para poner en su propia persona las manos, como nota el bienaventurado san Juan Crisóstomo. Esta es la paciencia que Tertuliano, capítulo 16 *De patientia*, dice: Que el demonio inventó la suya á imitacion de la de Dios, para que los suyos no desmayasen en sus vanidades.

Destas paciencias semejantes dice el bienaventurado san Agustin que en ellas no hay que imitar, sino que admirarnos; antes dice que en ellas no hay paciencia de que maravillarnos ni que imitemos; porque ninguna hay, sino una dureza digna de admiracion y no de alabanza; para lo cual alega lo que padece de hambre, calor, frio, ayunos, etc., un parricida de su patria, notando á Catilina, de quien Salustio habla copiosamente al principio de su *Catilinario*, que por su dañada pretension padeció mucha hambre, sed, frios, calores, trasnochadas increíbles y otros trabajos. Trae tambien este santo doctor á este propósito lo que unos ladrones de su tiempo padecian de frios y serenos, y otras mil inclemencias del cielo, pasando las noches sin dormir; y de algunos dellos dice que usaban atormentarse los unos á los otros con tormentos de cuerda y los demás que suelen los jueces usar cuando quieren descubrir la verdad de los delitos, á fin de que cuando viniesen á manos de los mismos jueces no les compeliere el dolor de los tormentos á descubrirse unos á otros, ni sus delitos. Y dice allí este santo doctor que muchas veces eran mayores los tormentos en que se ejercitaban y ensayaban, que los que después de mano de los jueces padecian. Esta paciencia (dice el mismo) no es paciencia, ni loable el que la tiene; antes es mas digno de castigo, cuanto mas mal usa del instrumento de la virtud. Semejante es á esta sentencia la que Agesilao, rey de Lacedemonia, dijo, oyendo decir que un malhechor, hombre malvado y facinoroso, habia sufrido con esfuerso los tormentos, diciendo: ¡Oh cuán miserable es el hombre que emplea la paciencia y sufrimiento en cosas torpes y malas! Lo cual cuenta Plutarco en las *Apophlegmas lacónicas*; el cual añade, declarando las palabras: Doliáale al bueno y valiente capitan que tanta fuerza y valentía de ánimo, y el valor de la naturaleza, se gastase en cosa torpe; la cual, ofrecida y empleada en cosas honestas, pudiera ser de mucha importancia á la república. Y concluye san Agustin diciendo: Pues cuando vieres á alguno padecer algun trabajo con sufrimiento, no luego has de alabar su paciencia, porque no le da esta nombre sino la causa del padecer; y á esta cuenta, la paciencia por cosas del mundo es paciencia vana, como él y sus cosas lo son, aunque á veces el mundo la alabe. Y á esta misma cuenta, la que tuviere por fin al pecado, es paciencia diabólica, infernal, pues su fin es infierno.

De lo dicho se entiende qué cosa sea paciencia cristiana, que es el propio sugeto deste libro; la cual define san Agustin diciendo que la paciencia es un sufrimiento con que sufrimos con buen ánimo los males por no perder los bienes que nos acarrean otros mejores; que es decir en suma, una virtud con que sufrimos toda adversidad por amor de Dios y de la vida eterna; así que, el fin ó causa de la paciencia cristiana es Dios y la vida eterna, en que de los demás sufrimientos dichos

se distingue; la cual dió á entender el bienaventurado apóstol y evangelista san Juan en aquellas palabras con que comienza la narracion de su libro del *Apocalipsi*, cuando dice: «Yo, Juan, vuestro hermano y partícipero en las tribulaciones, y ciudadano del mismo reino y en la paciencia en Cristo Jesús, esto es por Cristo, que esta es la paciencia apostólica y cristiana, cuando por él y por su amor se padece el trabajo y adversidad; porque las demás, cuando son por amor del mundo, son mundanas; así cristiana cuando es por el de Cristo.»

De lo que en este discurso queda dicho colige san Agustin con cuánta razon hemos de tener esta paciencia en las adversidades; porque, si por cosas vanas, si por las sensuales y torpes, y por pecados y feos ofensas de Dios, y por la salud y vida temporal, padecen á veces los hombres de gana cosas increíbles y horrendas, estos mismos nos enseñan cuán grandes cosas es justo sufrir por la buena vida, y por hacerla después eterna y segura, sin término ni detrimentos de cosa buena. El Señor (dice este santo) dijo: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas; no dijo vuestras haciendas, ni vuestras villas, ni vuestras locuras ni alabanzas vanas; ni dijo poseeréis vuestras lujurias, sino vuestras ánimas. Pues si tantas cosas padece un alma por alcanzar por donde perezca y se pierda, ¿cuánto debe sufrir por no perecer y perderse? Y porque hablemos de lo que no es culpable, si tanto sufre uno por la salud de su carne entre las manos del médico y cirujano, que le están haciendo tajadas y abrasándole con fuegos y cauterios, ¿cuánto debe sufrir entre la furia de sus enemigos, que asisten á cuerpo y alma amenazando al cuerpo? Y los médicos tratan de la salud del cuerpo con tormentos y penas del mismo cuerpo. Quiere decir el santo, que con poco trabajo, bien sufrido por la vida eterna, la alcanzamos para cuerpo y alma, padeciendo otros muchos por la incierta y breve salud del cuerpo.

En conclusion, la diferencia destas dos paciencias consiste en el fin por el cual se tienen, porque ambas comunican en el nombre de paciencia (aunque la mundana, segun san Agustin dice, no le merece, y menos la diabólica); solo difieren en el fin, por el cual el trabajo se padece. Pues ¿qué locura es, habiendo de padecer sin excusarse esto, no escoger el fin, que es Dios, y no dejar los mundanos y vanos fines? El profeta Esaías dice que los que esperan en Dios mudarán la fortaleza: quiere decir que la que tenian para sufrir por lo temporal y vano tendrán para sufrir por Dios, que es mudar paciencia mundana por cristiana; y así, se ve cuándo un pecador se convierte, que el ánimo que antes tenia para vanidades y ofensas de Dios, le cobra para las obras de virtud; y por el contrario, el temor y flaqueza que para la virtud tenia, le muda para las cosas del mundo. San Ambrosio dice que el elefante, que con ser animal tan robusto y de tanta fortaleza, que sufre á cuerdas un castillo de hombres armados y se tiene con un ejército entero, no temiendo la artillería ni otros instrumentos depantosos de guerra, al cabo teme un raton, y da cuando le ve mil bramidos; así los hombres, que no temen ni se espantan de trabajos increíbles y espantables, se espantan de un ayuno y una confesion y un perdonar de una injuria. Pero cuando á Dios se convierten,

mudan esta fortaleza que tenian para el mal ó la vanidad, y la cobran para el bien. Y esto es decir que la paciencia ó fortaleza diabólica ó mundana la mudan en cristiana. ¡Oh cuánta razon tiene Dios de quejarse de la mala condicion del cristiano, que por poco interés sufre tan malos tratamientos como cada hora del demonio recibe, y del mundo y de su carne, con tanta disimulacion, que no acaba el mundo de desengañarse, y de la mano del Señor poderoso, en la cual está toda nuestra vida y felicidad, apenas puede sufrir un pequeño trabajo! Acaece á una mujer sujeta á sus pasiones sensuales, y por ellas á algun hombre como ella perdido, que porque él la vió á una ventana ó por otra liviana ocasion padece muchos golpes, coces y puñadas, hasta salir señalada en el rostro, con tanta disimulacion y sufrimiento, que, aun preguntada de su madre, no declara ni descubre lo que ha pasado, fingiendo alguna caída ó enfermedad; y si acaso su maride, con ser el dueño y señor de su cuerpo, á quien ella tiene natural y conyugal sujecion, aun habiendo justa razon le da un papirote ó le dice alguna palabrita desabrida, falta el sufrimiento, levántase de la mesa, alborota la casa y vecindad, que no estará una hora con aquel hombre; que se llame al provisor, que se trate de divorcio, sin haber remedio de apaciguarla. Desta suerte nos habemos con Dios, Señor de la vida y de la muerte, á quien tenemos natural sujecion; que, sufriendo, como sufrimos, el continuo mal tratamiento del demonio, mundo y carne, con quien andamos amancebados, que, si bien se mira, no hay hora que no recibamos mil trabajos y turbaciones por su ocasion, teniendo puestos los ojos en un liviano interés, que el demonio procura que sea corto, por el cual nos pisa la boca y cada credo nos pone á peligro de honra y vida; no hay cosa buena en nosotros ni queda en que no nos lastime, ya en la salud, ya en la honra, ya en la hacienda, ya en el desasosiego de los padres naturales, ya en el recibir de los sacramentos, sin sueño, sin reposo ni quietud; y de todo no hacemos caso, todo nos parece poco á trueque de no perder su miserable amistad y los vanos y sucios intereses que della se nos siguen; y si acaso Dios, que es Señor de nuestro cuerpo, alma y vida, con justas causas y por nuestro bien y interés nos envia una tribulacion, por pequeña que sea, luego nos alborotamos, luego son las quejas, lágrimas y el sacudirnos de amistad tan pesada como la suya nos parece; tenemos su ley por pesadísima, siendo, aunque yugo, suave, manso y dulce. Sufriendo tan continua y pesada vida (si vida puede llamarse) como la que nuestros enemigos nos dan, de quien dice el profeta Jeremías: Serviréis á los dioses ajenos, los cuales no os darán un punto de descanso de dia ni de noche; lo cual al cabo confiesan en el infierno los malos cuando dicen: Anduvimos caminos dificultosos, llenos de cuestras y barrancos, porque el demonio, y por el consiguiente el mundo, son regatones con el triste y miserable hombre; que si pudiesen, con menos deleite y con mas tormento le tratarian, si con eso pudiesen hacer que pecase; pero el hombre miserable cobra ánimo y fuerzas para sufrir su mal tratamiento, y piérdelas para sufrir los pequeños trabajos que para su bien le envia Dios; el cual por su misericordia sea servido de trocarnos esta

fortaleza y damos su favor y gracia, para que los trabajos que para nuestra salud nos envia suframos con paciencia cristiana por su nombre, y para los que con engaño de nuestros enemigos padecemos nos abra los ojos para sentir cuán grandes y perjudiciales son á nuestra salud, que será trocar la paciencia y fortaleza mundana por la cristiana.

DISCURSO III.

De las excelencias y prerogativas de la paciencia.

Muchos dias he dilatado la prosecucion deste librito, por verme como azulado y embarazado pensando por dónde comenzaria las excelencias desta virtud, que á este capítulo caben (tantas son y tan admirables); hasta que por cumplir con este orden, y excusar de pesadumbre á los lectores, me pareció poner en él algunas sumariamente, remitiéndolos á las que, leyendo con atención, podrán ir por sí sacando del discurso de todo el libro; y para cumplir con el título deste discurso, bien se satisficiera con una excelencia que san Agustin pone, comenzando della y contentándose con ella, y es, que basta tener Dios esta virtud; lo cual, como él mismo brevemente declara, se ha entender al sentido que en Dios ponemos ira, enojo, cólera, arrepentimiento; cuyos efectos se entienden tener, sin tener nuestras pasiones, cuyos son estos nombres; como declara Crisóstomo, que por nuestro provecho habla como nosotros hablamos; que nos acomodamos con el bárbaro á hablar como bárbaros, y con el niño como niños, y fingimos por su provecho que nos mordemos las manos para mostrar ira, aunque no la tengamos, sino porque ellos la merecen; así, sin tener Dios pasión ni padecer trabajo, espera los pecadores que hagan penitencia, como adelante se dirá. De manera que, así como el Redentor nos persuade al amor de los enemigos con esta razon, Porque nos parezcamos á nuestro Padre celestial, que envia su sol y sus temporales para el bien y sustento de sus enemigos y ofensores; así esta razon habia de bastar á hacernos muy mansos y sufridos, porque nos parezcamos á nuestro Padre y Señor en la paciencia, aunque la suya es tan inmensa y grande, que, por mucha que tengamos, con infinitas leguas, no podrémos llegar á igualar con lo que él nos sufre; pero desto adelante se tratará mas de propósito.

La misma pone por primera excelencia san Cipriano. Pero una de las grandes que aquí podemos poner desta virtud, es que en parte no hay dignidad criada en el cielo ni en la tierra que se iguale con el padecer por el hombre y amor de Dios, á que las ánimas y ángeles bienaventurados, si fueran capaces de envidia, la tuvieran muy grande á los hombres que vivimos en carne pasible, solo de que podemos en ella gozar desta tan alta dignidad y excelencia. El apóstol san Pablo la dió á entender en que, habiendo, para autorizar su doctrina, puesto siempre al principio de sus cartas la dignidad de apóstol, diciendo, Paulo, apóstol de Jesucristo, etc., calló en viéndose en cadenas el título de apóstol, y puso el de preso y encadenado; como suelen hacer los hombres que crecen en dignidades y excelencias, que crecen tambien en títulos, usando de los mayores y callan-

do los menores. Y así, dice en la carta que escribió á Filemon: Paulo, preso y encadenado de Jesucristo; donde parece haber hallado algo en las cadenas muy alto y muy excelente con el apostolado; lo cual, por ser lenguaje que los hombres, amigos de cosas temporales y favores del mundo, enemigos de trabajos y deshonras, no acaban de entender, no quiero yo proseguir á probarlo con mis razones, sino con las del bienaventurado san Juan Crisóstomo, que, alumbrado del espíritu de verdad sobre aquellas palabras que el Apóstol dice á los de Efeso: Ruégóos yo, preso en el Señor; dice las que se siguen: Estar preso y atado por Cristo, cosa es mas ilustre que ser apóstol. Si hay alguno que ame de veras á Cristo, ese entenderá lo que digo. El que en el amor de Cristo se abrasa, y á manera de decir pierde el seso de amor y desatina, ese entenderá la virtud de las cadenas. Este tal, cuando le dieren á escoger, tendrá por mejor suerte sufrir las cadenas por Cristo que morar en los cielos con Cristo; esto es quizá tambien mas ilustre cosa que estar sentado á su diestra, mas honesto que sentarse en una de las doce sillas. Esta virtud, cuando no tuviera otro premio, este lo es muy grande, padecer estos males por su amado. Y si quieres (dice el santo) saber lo que de mí siento, es que si alguno me diese á escoger una de dos, ó todo el cielo ó esta cadena, sin duda esta escogeria; y mas: si fuese necesario estar ó en el cielo con los ángeles, ó en la cárcel preso con san Pablo, sin duda esto desearia; y aun si me pudiesen en el número de los espíritus celestiales, sin duda escogeria antes estar encadenado. No se engañe nadie, que no hay cosa mas gloriosa y bienaventurada que esta cadena. No lo es tanto san Pablo por haber sido arrebatado al tercero cielo como por haberlo sido á las cadenas. No lo fué tanto por haber oido secretos inefables, cuanto en haber sufrido con paciencia las prisiones y ceptos; y que él lo haya sentido así, mirad lo que dice: Yo os amonesto, hermanos; no dice, yo, que fui arrebatado al tercero cielo, ni yo, que oí palabras inefables, etc. Pues ¿qué dice? Amonéstóos yo, encadenado en el Señor. ¡Oh bienaventuradas cadenas! Oh dichosas manos, cuyas galas fueron aquellas cadenas! No estaban tan hermosas las manos de Pablo cuando levantaban en Listris sano al cojo, como cuando estaban con las sogas y cadenas atadas. Si mucho te espanta, Pablo, cuando sus manos mordidas de la víbora no reciben detrimento, no te maravilles que tuvo la víbora miedo á las cadenas; y no solo ella, mas el mismo mar, tan inmenso, tuvo este respeto, que entonces atado iba. Y si yo (dice este santo) me hallara en aquel tiempo, me abrazara con las cadenas y lazos, y las pusiera en mi seno y las besara por momentos; lazos con que por mi Dios y Señor estuvo atado. Y si tuviera libertad y licencia de los cuidados de mi Iglesia, y fuerzas en este cuerpo flaco, no reparara ni dudara de ir á solo ver aquellas santas cadenas, y el lugar donde estuvo preso y atado con ellas. Y luego mas abajo dice: Tambien Pedro fué honrado con la cadena, porque con estar atado y entregado á las guardas, era con tanta paciencia, que dormia profundamente sin cuidado ni turbacion, hasta que el ángel, hiriéndole en el lado, le despertó. Si aquí me dijese alguno, cuál quisiera mas ser, Pedro preso ó el ángel

que le recordó, yo digo que Pedro mas que el ángel que descendió, por poder gozar de las prisiones. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo, en que se descubre y da bien á entender la excelencia y dignidad desta virtud.

La segunda excelencia es, que es á veces mas poderosa que los milagros; esto puede entenderse de dos maneras: la una, que sea mas poderosa para con Dios, ó que lo sea para con los hombres. El primer sentido es, porque los milagros son don de Dios, por el cual quedamos de todo en todo obligados á aquel de cuya mano le recibimos; pero la paciencia, aunque vino tambien de su mano, deja á Dios obligado con lo que por su nombre padece el que la tiene; mayormente que (como en el libro siguiente diremos) es gloria de Dios el padecer por su nombre; y aun de aquí es, que lo es tambien del mismo que padece, porque ve en sí la gloria del amigo, que es, como los filósofos dicen, otro yo, y de ahí redundan la gloria en el que padece. De manera que en este sentido es la paciencia mas que los milagros; que es decir que mas querria yo de mano de Dios trabajos y paciencia para sufrirlos por él, que gracia y poder de hacer milagros, aunque lo uno y lo otro es y sea para gloria suya; y mas querria parecer delante de su divina Majestad habiendo padecido por su amor muchos trabajos, que habiendo en esta vida resplandecido por muchos milagros.

El segundo sentido sea, que tiene la paciencia para con los hombres mas fuerza á veces que los mismos milagros: tan grande lo es ella en sus ojos. De aquí decia san Pablo que las señales de su apostolado, esto es, de su predicacion, con que persuadia á los infieles al Evangelio, eran mucha paciencia y milagros, donde pone en primer lugar la paciencia, como la que con mas fuerza convertia á los oyentes. Y conforma con esto lo que Salomon dice, que la doctrina del varon se conoce qué tal es y cuán verdadera, por la paciencia del que la enseña. En este sentido declara Beda este lugar, cuyas palabras son: La doctrina eclesiástica cuán perfecta sea, la paciencia del que la enseña lo muestra; porque en estimar menos el morir que el dejar de predicarla, muestra cuán saludable era la doctrina que á tanta costa y riesgo defendia. Y en el mismo sentido lo entienden otros muchos. El mejor ejemplo que para esto se puede traer es el del maestro de la paciencia, Jesucristo, nuestro redentor, de quien san Agustin dice que por esta razon, requerido estando en la cruz que bajase della, prometiéndole si lo hiciese que crearian en él, que era lo que desde su pacimiento pretendió con su doctrina y ejemplo, milagros y pasiones, y con la misma cruz, nunca quiso; porque en aquel paso (dice este santo) hacia mas hacienda para alcanzar este fin padeciendo que bajando aun milagrosamente. Y dice san Agustin estas palabras: Porque allí enseñaba la paciencia, por eso dilataba la omnipotencia. Y fué este medio de tanta fuerza, que por él, ó principalmente por él, se convirtió el buen Ladrón, con ser tan gran pecador, por ver al Redentor padecer con tanta paciencia siendo tan inocente; el cual ejemplo es admirable para que todo el mundo mire con atención y se convierta, pues un hombre tan malo, como aquel habia sido, se convirtió con

él, no habiéndose convertido antes con tantos y tan poderosos milagros como de Cristo habia visto y oido. Justino mártir, preguntando en su martirio cuál habia sido el mayor milagro que Cristo hizo, respondió: La paciencia con que sufrió lo que yo sufro. De aquí es lo que Tertuliano dice, hablando con los fariseos de la paciencia del Redentor: En esto, ó principalmente en ello, debiéradles, oh fariseos, de conocer al Señor, porque tal y tanta paciencia como aquella ningun hombre puro la pudiera tener. Así que era, segun este doctor, argumento la paciencia de su divinidad, como lo fué al demonio la que le vió tener la noche de la pasion, juzgándole por ella por mas que hombre, cuando procuró con la mujer de Pilato estorbar la prosecucion de la redencion, y atajar las pasiones que él habia puesto en los corazones de los que la causaban; lo cual él no suele hacer en semejantes casos, sino antes atizalla. Y está claro que lo que la doctrina, inocencia y santidad ni los milagros no habian podido persuadirle, sola la increíble paciencia en tantos y tan grandes males bastó para persuadirle que era verdadero Dios; en lo cual se ve la razon que Tertuliano tiene contra los fariseos, pues se convence ser mas ciegos y duros que el mismo demonio. Y aun san Juan Crisóstomo dice á este propósito que cuando lanzó el Señor el demonio, y quiso persuadir al principio que por virtud divina, y no por pacto del demonio, habiendo dado tantas razones para esto, dice que la mas fuerte de todas fué la paciencia con que sufría tan graves injurias y enseñaba la verdad de aquel milagro.

La tercera excelencia desta virtud celestial es un efecto maravilloso que, entre otros, tiene, que es tan grande alquimista, que con divina y secreta virtud, no solo es fuego que purifica el oro de las buenas obras, pero muda la injuria en beneficio y gloria, la infamia en honra, los trabajos y penas en consolacion y contento. Buen ejemplo es la que tuvieron los mancebos de Babilonia, que, como san Crisóstomo dice, en comenzando á padecer desbarató Dios el fuego, que, no pudiendo sufrir la fuerza de su paciencia, salió con gran violencia del horno y abrasó á los caldeos que le atizaban; de manera que, por virtud de la paciencia de los siervos de Dios, el horno se hizo templo en que le alabasen todas las criaturas, y en su nombre aquellos santos mozos; los cuales, convidándolas, comenzaron á entonar aquel cántico glorioso: Bendecid todas sus obras al Señor, alabadle y ensalzadle para siempre. El fuego se convirtió en suave rocío; del tirano hizo un predicador del poder y bondad de Dios, que por sus editos mandó que todo el mundo confesase, que ninguno puede librar de trabajos y peligros, sino el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, y que ninguno dijese palabra contra él. Grande alquimista es la paciencia, pues hace tan maravillosas transmutaciones; lo cual dejó dicho el Redentor á sus apóstoles: El mundo se alegrará, vosotros os melancolizaréis; pero vuestra tristeza se volverá en gozo. No dice que se acabará la tristeza, y que tras della vendrá el gozo, ni que dará orden con que se acaben los trabajos solamente, sino que se convertirá en gozo, que es una de las mas maravillosas alquimias que se pueden pensar. El salmo dice que convierte la piedra sequisi-